

más sombra que en el campo; los pajarillos no se engañaron: ha llegado la aurora, la verdadera aurora, y es preciso volver al bosque en busca de luz, aires y brisas.

Cesa el concierto; las gargantas enmudecen, las alas se abren y todos vuelan por la *vidriera rota*, dejando sorprendido al Teniente.

Cuando llegaron á relevarlo, uno de los Sargentos le dijo á otro:

—El Teniente amaneció de buen humor. Míralo. Parece como si lo hubieran ascendido.

—A mí me parece acobardado. Parece como si lo acabaran de derrotar.

F. FLEURIOT-KERINOU

Un hombre raro : Lombroso

(TRADUCIDO DE "EL MERCURIO DE FRANCIA" POR RAMÓN GOENAGA)

El éxito inmenso de las obras de Lombroso, la incontestable influencia que ellas ejercen en las opiniones de la masa del público, son dignas de llamar la atención, no solamente del psicólogo y del historiador, sino también de quienquiera que se interese por las tendencias de nuestra época y trate de desligar los elementos de la sociedad moderna.

Lombroso es, sin duda alguna, uno de los hombres más universalmente conocidos que existen en la actualidad; y á los ojos de la conciencia de los lectores pasa por un gran sabio. Su nombre va unido á diferentes ideas que discurren por las calles y se repiten por una multitud de gentes que no han abierto nunca uno de sus libros. Considerósele como el jefe de la escuela antropológica, como el creador de concepciones nuevas y vastas, llamadas á revolucionar tanto el derecho penal como la psiquiatría. La prensa, que tiene la pretensión de representar

la opinión pública, esparce con amplitud las ideas de Lombroso, y se las oye proferir en lo alto de la tribuna parlamentaria; los oradores de los *meetings* las pregonan; los abogados encuentran en ellas un medio preciso de defensa para casos desesperados; en breve estas ideas fermentan en todos aquellos medios donde se activa lo que se llama hoy "la vida pública."

¿De dónde proviene la celebridad de Lombroso? ¿Cuáles son las causas del rápido triunfo de sus teorías? ¿Deberá buscarse en las cualidades intrínsecas de la obra, ó residen más bien en los instintos de la turba? ¿Ha descubierto Lombroso una verdad científica capaz de imponérsele á todos por su carácter de evidencia, de certidumbre, ó bien ha puesto él la ciencia al servicio de determinadas opiniones vulgares, ha edificado él el sistema que mejor corresponde á las necesidades actuales de una porción poderosa y grande de nuestra sociedad? Es éste el problema cuya resolución voy á intentar.

I

¿Es Lombroso un sabio verdadero? ¿Tiene las cualidades del sabio? ¿Sabe observar los fenómenos, con paciencia, minuciosidad, exacta y completamente? ¿Es un experimentador inteligente y concienzudo? ¿Sabe interpretar los hechos, criticarlos, coordinarlos, inducir de ellos lógicamente verdades generales? ¿Posee, en fin, esta probidad científica, que traza las teorías según los hechos y se abstiene de forzar los hechos para que entren en las ideas preconcebidas, que tiene en cuenta el conjunto de los fenómenos observados, y no únicamente aquellos que corroboran tal hipótesis preferida?

La lectura de un libro de Lombroso ilustra presto al lector á este respecto, si es atento é inteligente. Turbadora lectura! Puede definirse la impresión que causa con este término: la equivalencia psíquica del mareo. Desde el comienzo resiente el espíritu particular desagrado, no en-

contra punto fijo donde agarrarse, todo oscila á su alrededor, busca un punto de apoyo pero el terreno se le esquivo, cree percibir una idea que puede guiarle, pero luego vacila y desaparece; se cambian los planes sin cesar, sin cesar se modifica el equilibrio, se le lanza á uno á derecha é izquierda sin causa apreciable, al capricho de los acasos; el malestar aumenta, viene la náusea.....

Lombroso nunca limita su objeto, jamás precisa el problema que plantea, y en manera alguna define los términos de que hace uso, por vagos que sean en sí mismos. No se encontraría en el encabezamiento de ninguno de sus libros el enunciado preciso del asunto; se contenta con un título: *El hombre de genio*, *El hombre criminal*. Estas palabras son tan vagas como las que más, y más que cualesquiera otras requieren una definición, porque no corresponden psicológicamente hablando, á ningún tipo determinado. ¿Qué es el genio? Nadie se acuerda sobre ello. Lombroso se calla, y arroja mezclados en la categoría de hombres de genio, sabios, generales, artistas, eclesiásticos, y aun periodistas, individuos profundos y gentes superficiales, voluntades firmes y caracteres débiles, hombres de todas las razas y de todas las clases, pero sobre todo hombres que medran; porque en definitiva para Lombroso como para la turba el éxito es la medida del genio. A creerle estaríamos llenos de hombres de genio!

¿Qué es el crimen? Lombroso no se detiene á decirlo, pero su concepto surge claramente de su libro: es de los más sencillos, muy popular, al alcance de todas las inteligencias: el hombre criminal es el hombre que ha sido condenado por los tribunales. Esta definición es neta desde el punto de vista del derecho vigente, pero desde el punto de vista científico (ya sea la psicología, la antropología ó la sociología) no significa nada.

De modo que Lombroso se preocupa muy poco de determinar su punto de partida, de decirnos cuál es el objeto preciso de su estudio, de darles á sus lectores la posibilidad

de seguir su pensamiento. Ni piensa él tampoco en llevar la claridad á su propio espíritu, y no le preocupa en nada todo lo que preocuparía desde luego á un sabio. Y lo confiesa ingenuamente: "Debo confesar aquí que en este libro, á menudo, voluntaria ó involuntariamente, he tenido que confundir el genio con el talento, no porque uno y otro no sean bien diferentes, sino porque es difícil determinar la línea que los separa (1)." Un sabio que hubiera reconocido cuán difícil era el determinar la línea de demarcación, se habría esforzado en precisarla más, en notar con mayor exactitud las características diferenciales. Lombroso sale del paso más fácilmente: "Si el genio es el efecto de una irritación intermitente y poderosa de un gran cerebro, el talento va acompañado á su vez de una excitación cortical, pero en menor grado y en un cerebro más chico." Vese que la psicología, comprendida á la manera de Lombroso, es una ciencia de las más simples, y que los misterios de nuestro mecanismo cerebral están al alcance de todas las inteligencias.

Nada perturba á Lombroso. Las dudas que asaltan al sabio verdadero en el instante de trazar los preliminares de una obra, los tanteos inevitables que preceden á la colocación del objeto en su punto, la agonía de la concepción, son cosas desconocidas á Lombroso; salta á pie juntillas por encima de las dificultades y no le turban las más serias objeciones.

En el prefacio de la 4.^a edición del *Hombre Criminal*, se halla esto: "Se pregunta uno como estaría hecho el cráneo de los que, en los tiempos bárbaros, cometían actos tales como herejía, blasfemia, brujería, castigados por las leyes de entonces, toleradas por las de hoy."

"Pues bien! Yo he demostrado que los que cometían delitos contrarios á la costumbre, á las religiones, eran en-

(1) *El hombre de genio*. Introducción á la 6.^a edición, página xxii de la edición francesa (Alcan. 1889).

tonces los verdaderos criminales, mientras que los homicidas bien á menudo no eran considerados como criminales, en épocas bárbaras. Si aquéllos eran los verdaderos criminales..... es natural que debían tener los mismos caracteres que los criminales de hoy (1)." Quien reflexione no hallará eso "natural," en modo alguna, pero es la mejor prueba de lo que yo afirmaba hace poco, á saber que para Lombroso el crimen es un concepto puramente jurídico, y que su tipo del criminal no puede tener ningún valor psicológicamente. En el prefacio de la 3.^a edición Lombroso mismo confiesa que no se encuentra sino el 40 % de criminales que presenten más ó menos los caracteres del tipo que ha establecido, y cuando se le reprocha que ha formado ese tipo mediante un número relativamente restringido de observaciones, responde: "¿ Los anatomistas están, pues, obligados á examinar millares de cadáveres para concluir sobre las formas de una víscera ? "

Esta frase es un ejemplo saliente del modo de razonar Lombroso, y se ve inmediatamente por donde peca semejante comparación; el anatomista, al disecar una serie de cadáveres humanos, encontrará siempre en los mismos lugares los mismos órganos, que presentan, con ligeras variaciones, las mismas formas, en tanto que los criminales aparecen con caracteres esencialmente distintos los unos de los otros, de tal modo que pueden ser tan desemejantes como es posible. Además, el anatomista se ocupa en una categoría de objetos netamente limitada, y sobre la naturaleza de los cuales no ocurre duda alguna, á saber, los cuerpos humanos. Por el contrario, quien estudia al criminal desde el punto de vista psicológico ó antropológico, no puede considerar como tal, *à priori*, á cualquiera que haya sido condenado por los tribunales; éstos son falibles; á me-

(1) Traduzco literalmente del italiano á riesgo de escribir mal francés, y cito *El Hombre Criminal* de preferencia al *Hombre de Genio*, porque la primera de esas obras pasa generalmente por más seria.—
EL AUTOR.

nudo tienen poderes arbitrarios; muchas leyes son hechas únicamente para defender los privilegios de algunos, y la infracción de esas leyes no es comparable en nada, psicológicamente hablando, á un atentado contra la vida humana, por ejemplo; por otra parte, multitud de crímenes que revelan en sus autores una inmoralidad, una perversión ó una brutalidad inveteradas no son castigados por las leyes, y algunos aún son considerados como prueba de virtud, recompensados como tales y especialmente con el nombre de valor militar. No hay, pues, criterio simple que permita distinguir de pronto al criminal. El criminal es al cabo una abstracción pura: pueden establecerse categorías de criminales, tipos de criminales, pero no puede hacerse sin el estudio atento de los diferentes casos, sin una crítica rigurosa, y no es permitido olvidarse de que una multitud de criminales no están en la cárcel, y que las prisiones encierran con frecuencia gentes que no han cometido crimen ninguno, so pena de hacer una obra parcial, sin valor científico.

Se ve que Lombroso da como equivalentes ideas que no tienen entre sí sino semejanzas del todo especiosas: es este un hábito de su espíritu. Frases como las que he citado superabundan en sus obras. Tomo algunas al acaso del montón: "Diré que un alcohólico es un hombre libre como los otros, es decir: que un lienzo impregnado de alcohol no es más combustible que el que sale húmedo del telar de tejer" (1). "A menudo los perros muestran un verdadero fanatismo conservador..... ladran y se enfurecen contra los trenes, el gas, las músicas, cuando los encuentran por primera vez" (2). "Los niños presentan fisiológicamente un estado semejante á la locura moral, tanto que si en su medio no encuentran circunstancias favorables á la transformación en hombre honrado, así subsisten,

(1) *L'Uomo delinquente*. 4.º edit., I, XLVI, XLVII.

(2) *Id.*, I, 21. *Id.*, I, 617-18.

como los tritones alpestrés permanecen en el grado de girino en un medio frío" (1). "Las últimas investigaciones teratológicas, principalmente las de Gegenbaur, han probado que los fenómenos de regresión atávica no indican siempre una verdadera degradación, sino que con frecuencia compensan un desarrollo considerable, un progreso cumplido en otras direcciones." "Los reptiles tienen más costillas que nosotros; los micos, los cuadrúpedos poseen mayor número de músculos que nosotros, y un órgano entero (el rabo) que nos falta. Y sólo únicamente al perder esas ventajas hemos conquistado nuestra superioridad intelectual." "Sentado esto, desaparece inmediatamente la repugnancia por la teoría de la degeneración. Así como los gigantes pagan el rescate de su gran talla por la esterilidad y por la debilidad relativa de la inteligencia y de los músculos, los gigantes del pensamiento expían por los descaecimientos, y las veranías, su gran potencia intelectual, y es por esto por lo que los signos de degeneración se hallan con más frecuencia en ellos que en los dementes."

Este último pasaje es tanto más característico cuanto contiene el argumento principal que da el autor para justificar su cambio de frente en la cuestión de las relaciones entre el genio y la locura: en la edición publicada en 1889 se coloca entre aquellos que sostienen que el genio es una neurosis, mientras que en las ediciones precedentes de su obra admitía la existencia de genios completamente sanos. ¡Júzguese de la debilidad de tan ridícula argumentación! Ver en la pérdida del rabo una compensación de la superioridad intelectual adquirida por el hombre es ya una idea de un grotesco irresistible; pero comparar esta regresión de un órgano sin gran importancia, en el curso de la evolución, á la degeneración que heriría á los hombres en razón al poder de su intelecto, es una concepción de tal modo loca, que es inconcebible en un cerebro sano. Impo-

(1) *El hombre de genio*. Edic. citada, p. XX.

sible sería formular de modo sensato el orden de las ideas que ha pasado por la cabeza de Lombroso cuando escribió esa frase. Creo que á pocas personas les es dado alcanzar ese grado de incoherencia y acumular tantas tonterías en tan pocas líneas.

Describimos aquí el rasgo característico de la mentalidad de Lombroso: la asociación de las ideas es en él accidental, es decir, que sus ideas no se suceden en orden lógico, que no siguen una misma corriente, que su encadenamiento no se determina por los lazos que existen naturalmente entre ellas, sino por vagas semejanzas de aspecto, por el acaso de aproximación momentánea, por analogía entre las palabras que las representan. El estado mental de Lombroso es semejante al de los monomaniacos, con sólo la diferencia de intensidad. La *Ideenflucht* de los psiquiatras alemanes se encuentra en él, atenuada pero muy neta; las ideas se agolpan en su cabeza tumultuosamente, no tiene tiempo de examinarlas, no las domina y no puede apoderarse de ellas. Ha de darles salida libre, y salen entremezcladas, las describe tales como se presentan, asociadas fortuitamente según la fantasía de su cerebro sobreexcitado.

Escribe como se habla en el curso de una discusión animada en una reunión de bebedores: ahí los argumentos especiosos, las aproximaciones inesperadas de ideas, los vocablos que parecen profundos, el juego de palabras, son las armas gracias á las cuales se vence. Me imagino que los razonamientos de Lombroso pueden parecer naturales en el primer grado de la embriaguez.

No hay que disimulárselo; todas las célebres teorías de Lombroso derivan de su inteligencia insuficiente, de la total falta de lógica que lo caracteriza. La asimilación que hace del genio con la locura reposa sobre un razonamiento de este género; muchos genios han presentado fenómenos psíquico-neuropáticos más ó menos acentuados; muchos locos tienen en los objetos extraños á su delirio una gran

lucidez de espíritu y presentan con ciertos hombres de genio alguna analogía de proceder; luego el genio y la locura son dos estados realmente de parentela, y no es siquiera posible separarlos netamente uno de otro.

La teoría que asimila el loco moral y el criminal al epiléptico, que hace, en último caso, hombres de genio, de todos los criminales y de una buena parte de los dementes, de los *epileptoides*, reposa sobre las más increíbles confusiones de ideas, sobre los errores más flagrantes. Para llegar allí, Lombroso no solamente ha acumulado los paralogismos, sino que ha partido de premisas falsas, ha empleado documentos falsos y ha falseado los verdaderos con sus interpretaciones; no puede uno fiarse jamás en lo que dice, hay que verificar cada una de sus aserciones; citas de autores, actos de observación, todo en él está sujeto á caución. Lombroso, médico, profesor de psiquiatría, ignora la neuro y la psicopatología; diagnostica la epilepsia inconsideradamente; un estudiante de medicina que sentara tan ligeramente el diagnóstico de epilepsia fracasaría en su examen. El vértigo, entre otros, constituye para él uno de los síntomas más reveladores de la epilepsia. De Darwin dice, por ejemplo: "sufría de dispepsia, de anemias espinales, de vértigos (hay que notar bien el vértigo, que sabemos ser á menudo la equivalencia de la epilepsia); no podía trabajar más de tres horas por día," etc. (1). Y en muchos casos presenta el vértigo solo, *sin especificación ninguna* como base de su diagnóstico (2). Ahora bien: el vértigo es, ya se sabe, un síntoma del todo trivial: existe en multitud de afecciones que no tienen relación ninguna con la epilepsia; acompaña con frecuencia las enfermedades del tubo digestivo, los tumores cerebrales, las afecciones del oído, la ateromatosis le provoca comúnmente; se encuentra á menudo en las neurastenias; además, como lo

(1) El hombre de genio, ed. citada, pág. 488

(2) L'Uomo delinquente, 14, ed. II, prime parte, III y passim.

observa justamente Oppenheim (1), las sensaciones del vértigo pueden producirse fácilmente por autosugestión. En fin, el vértigo no es síntoma de epilepsia sino en la ínfima minoría de casos. Es indispensable indicar cómo se manifiesta el vértigo, en qué circunstancias aparece, si es objetivo ó simplemente subjetivo, si se trata de un vértigo bien caracterizado, ó de meras sensaciones vertiginosas vagas, etc. Esto es lo que Lombroso no hace nunca; ahora bien: quien dice vértigo, sin precisar, no dice absolutamente nada. Hé aquí á Lombroso médico. ¿Quiere conocerse á Lombroso experimentador? Pretende haber constatado que en el andar de los criminales, al contrario de lo que pasa normalmente, el miembro izquierdo prevalece, y encuentra una demostración victoriosa de ello en el experimento siguiente: se sugiere á un hombre normal, puesto en estado hipnótico, que es él un bandido, é inmediatamente se modifica su andar en el sentido indicado por Lombroso (2): Al primer golpe de vista se comprende cuánto hay de erróneo en este experimento: el hipnotizado á quien se le sugiere, que es un bandido, no adquiere mágicamente, *ipso facto*, la naturaleza del bandido; obra simplemente conforme á la *representación que él se hace* del bandido. Semejante experimento no puede, pues, informarnos sino sobre las ideas del hipnotizado, y en manera alguna del carácter del bandido. Y esto es, además, lo que confirma las cifras que Lombroso ha dado como resultado de los experimentos: hay muchas mayores diferencias entre los dos andares del sujeto que las que existen entre la marcha del hombre normal y la del criminal (si se suponen exactos los términos medios de Lombroso): así la separación lateral recta por término medio 5,46 en el hombre sano, 7,4 en el criminal, y en el sujeto en estado normal es 7,5 y después de la sugestión 12,8; el paso izquierdo que mide 63

(1) Lehrbuch der Nervenkrankheiten, 1.ª ed., p. 730.

(2) L'Uomo delinquente, 1.ª ed., I p. 538.

centímetros en el hombre normal y 72 en el criminal, es respectivamente en el sujeto 66 y 88,5 centímetros. Fácil es representarse con estas cifras lo que ha pasado: el sujeto ha imitado el andar caricaturesco de los bandidos de opereta, quienes salen al escenario con un aire siniestro, revolviendo los ojos y dando zancadas enormes.

Esto es pura farsa, pero Lombroso no tiene conciencia de su propia ridiculez; ha redactado este experimento en formas diversas, y la ha vuelto á publicar recientemente, todavía (á propósito de la escritura de los criminales) en su manualito de grafología, fiel en esto á su costumbre de aumentar sus libros nuevos, reproduciendo en ellos textualmente pedazos largos de sus libros viejos.

Terminaré el análisis de los materiales que Lombroso ha empleado para ilustrar sus teorías, mostrando cómo escribe Lombroso la historia: hé aquí reproducido en extenso el párrafo que él consagra á Villon en el *Hombre Criminal* (1). "Villon poeta y ladrón describió sus dos cualidades opuestas en sus dos poemas (dos testamentos) y en su Jerga ó *Jobelin* compuesto aun en jergonza, en el cual los protagonistas son ladrones. Fue el primer poeta realista, y en medio de los vicios más tristes, deja entrever su afecto por su madre y por su patria. Condenado á muerte escribió, además del *Epitafio*, un cuarteto (2), que es una prueba curiosa de la indiferencia de los criminales ante el suplicio. En su *Gran Testamento* pinta la vida de las mujeres livianas, pintándose á sí mismo como alcahuate, con repugnantes detalles cuya moral en el fondo es ésta: *Il n'est trésor que de vivre á son aise* (No hay riqueza como vivir á su gusto), pero que son preciosos para nosotros para mostrar la analogía completa entre la inconti-

(1) L'Uomo delinquente, p. 345.

(2) 1.ª p. 538.

nencia y el crimen (1). Esto no necesita de comentarios: llevados á ese paroxismo, la tontería y la inconsciencia se convierte en algo completo, absoluto, que desafía todo análisis.

Podría multiplicar indefinidamente ejemplos iguales: gran parte de los "documentos" que emplea Lombroso son de esta fuerza; en realidad, *no sabe leer*; sus citas son incompletas ó están alteradas; es materialmente imposible que haya leído todas las obras que cita; las ha recorrido rápidamente con la vista, y ha parado la atención, atraído acá y allá, por palabras, por una frase, donde veía la confirmación de su idea fija. Poco le importa que el conjunto de la obra, las conclusiones del autor contradigan su parecer; no pára mientes en ello! Si se halla en presencia de fuentes diversas, sigue, por instinto, la menos segura. Podría acusársele de la falta total de probidad científica, si no fuera porque miente de modo tan torpe y trata de engañar á los otros y engañarse á sí mismo con tanta simpleza, que es difícil atribuirle la intención de no decir toda la verdad: no la ve, dominado como está por sus delirantes ideas; tiene la obsesión de sus sueños locos; no es capaz de asir los hechos en su realidad inmediata. Si quiere clasificársele conforme á sus propias teorías, es incontestablemente un *mattoide* (1). Y este pasaje del *Hombre de genio*, se aplica exactamente á él y á sus obras:

blemente un *mattoide* (1). Y este pasaje del *Hombre de genio*, se aplica exactamente á él y á sus obras:

"La analogía que los *mattoides* presentan con los hombres de genio, de quienes únicamente retienen los fenómenos morbosos, y con los hombres sanos, con quienes tienen al igual la habilidad y el sentido práctico, aconseja la desconfianza de ciertos sistemas que pululan principalmente en las ciencias abstractas ó inciertas, gracias á hombres incompetentes ó extraños al asunto acerca del cual tratan: las declamaciones, las asonancias, las paradojas, los conceptos originales á veces, pero siempre incompletos y contradictorios, se sustituyen á los razonamientos serenos, cuyas bases son el estudio minucioso y tranquilo de los hechos. Semejantes libros son casi siempre la obra de esos verdaderos charlatanes involuntarios que son los *mattoides*, cuya difusión por el mundo literario es más grande de lo que generalmente se cree."

Retrato fiel en todos su puntos, ¿no es cierto? *Charlatán involuntario*, es entre otros, un hallazgo. Lombroso no habría podido caracterizarse mejor en dos palabras. ¡Qué inconsciencia! Tal parece que no hubiera jamás meditado seriamente sobre sí mismo, ni leído sus libros con más atención que la que presta á los de los otros.

Resumiendo, Lombroso no sabe ni leer, ni observar, ni experimentar, ni razonar; en fin, dado lo insuficiente de su inteligencia, no puede promoverse la cuestión de probidad científica á propósito de él. Incontestablemente Lombroso no es un sabio, y ningún sabio verdadero le considera hoy como tal. Sus triunfos, por tanto, no se derivan del carácter de la veracidad de sus doctrinas; hay que buscar las causas en la naturaleza misma del público que acoge sus ideas. ¿Qué representa Lombroso á los ojos del público? ¿Qué le ha traído de lo que él esperaba? ¿Cuáles tendencias modernas son las que sus obras parecen justificar? Éste es el problema céntrico del caso de Lombroso.

(Concluirá)

JACQUES MESNIL

(1) P. 491.

(1) Le certifico de nuevo á los lectores (precaución necesaria porque la cosa parece creíble apenas), que traduzco literalmente y reproduzco los versos de la Balada de la Grosse Margot, tales como Lombroso los da, es decir, con los errores y las omisiones que saltan á la vista.

N. DEL T.

Lombroso reproduce aquí cinco versos de la Balada de la *Grosse Margot* de Villon: el primero es el número 33; el segundo el 36, que dice: "L'ung l'autre vault, etc. . . ." y Lombroso copia: "L'ung vault l'autre. . . ." El tercero que es el 37, es "Ordure amons ordure nous affuyt" (lo sucio amamos y lo sucio nos viene), y Lombroso altera: "Ordure avons et ordure nous suyt (lo sucio tenemos y lo sucio nos sigue), etc.

Oeuvres complètes de François Villon, por W. LOUIS MALLAND. in fecha. Garnier.

NOTA DEL TRADUCTOR

